

LUZ POZO GARZA: "EL VAGABUNDO"

Por JULIO SIGÜENZA

Cuando Luz Pozo Garza hace presencia en nuestro ambiente literario, no existe en Galicia huella alguna que nos haga sospechar su camino inicial. Ella aparece como desenraizada y como ausente del medio en que se manifiesta.

Nada de cuanto es casi privativo, por autóctono, de nuestra jurisdicción, le afecta ni le incita. La voz que le llama, y en última instancia le encadena, llega en las ondas del Mediterráneo y trae aromas y esencias del Atica. Es una voz de siglos sin ancianidad que continúa siendo gozo de vivir y plenitud de amor.

Y mientras aquí nieblas y sombras nos envuelven; mientras un dolor heredado nos encadena; mientras la vaguedad indeterminada nos sumerge, nos abraza y oprime, ella canta el sabor de la vida terrena y el sano y simple amor de los instintos sin complicaciones psicológicas. Ella ama y disfruta como una criatura inocente, constituyendo el más raro y fino ejemplar poético de esta Galicia nuestra en la que mitos y antigüedad gravitan inexorablemente, tanto en el recrear de la historia, como en el quehacer de los hombres que la producen.

Antes que el misterio y sus nebulosas; antes que el dolor y el desaliento, Luz Pozo Garza canta la belleza sensible de las cosas; la forma, el color, el sabor, el perfume... y envuelve su canto en una sensualidad finísima, delicada, que a veces tiene una marcada semejanza con el poeta de los Rubayat. La poetisa es una corza apasionada de la vida y su embriaguez es de zumos de vid, de sol, de cielo. Es la muchacha que lejos de impresionarse entre las cosas y su misterio, salta gozosa y, con sus cabellos al viento, vuela y corre, se baña en las claras linfas de orillas espumadas, y trepa, ligera, a los árboles en cuyos frutos, todavía en incipiente sazón, clava sus dientes de nácar mientras gocean por su rostro los jugos



vitales que tuesta el sol en condensados almibares.

Para ella:

...“Morir es sólo un lirio rodando dulcemente”.

Pero Galicia pesa. Impronta. Se puede venir de lejos a ella; se puede querer pasar, pero no es nunca seguro que sobre ella se pase impunemente. Luz Pozo Garza no había de ser la posible excepción confirmatoria. Ella, en este libro, “El vagabundo” que ahora dejo, no gozoso sino engozado, sobre mi mesa de trabajo, comienza a sentir—no obstante el naturalismo pagano que está en el fondo ancestral de la poetisa de Vi-

vero—la sugestión mística del ambiente y el misterio de nuestras robledas forales. Ella comienza a saber—y son suyos los versos—que:

...“No se repiten nunca las
[manzanas]
los árboles tampoco son
[iguales”

Sabiduría ancestral en nuestras druidesas, y también, heredada de ellas, viviente siempre en algunos de nuestros líricos mejores. La muchacha de cabellos al viento; la pastora de corzos y gacelas que tan bellamente ha sabido cantar el amor, comienza en “El vagabundo” a cantar el otro polo de la vida: el dolor.

“Este dolor me alegra co-
[mo un árbol
Me levanta a los pájaros...”

Pero ese sutil hilo pagano se está quebrando dulcemente, porque sobre él se ha posado, como una golondrina, la tremenda interrogación:

“¿A dónde va tu lluvia, la
[más honda y sin tránsito,
—si es posible morirte con un
[mirlo en el pecho?”.

Con un mirlo en el pecho agonizó Rosalía. Y son los mirlos los que cantan nuestro cantar. El maravilloso cantar que ahora es naciente en los labios de Luz Pozo Garza, en esta hora gallega en que la lírica femenina perdió su camino y su voz es débil, desfalleciente casi.

7-ABRIL-1954